



CLAVES DEL ESTILO

» **EDUCATIVO MARISTA**

El estilo educativo marista se ha ido forjando a través de generaciones. Forma parte de una dimensión de la misión marista. El estilo educativo mantiene el hilo conductor de lo que podemos identificar como la razón de ser del Instituto marista: la educación de niños y de jóvenes como buenos cristianos y buenos ciudadanos, con dedicación especial a los más desatendidos.

Queremos promover una mirada a nuestros orígenes, volviendo a las fuentes para conectar con las intenciones fundacionales de San Marcelino y de los primeros Hermanos. Se trata de contemplar nuestros orígenes educativos con gozo. Champagnat y los primeros hermanos forjaron el patrimonio marista hecho de valores, de espíritu, de formas de vida, de pasión apostólica, de intuiciones educativas... y que generaciones de maristas han dado lo mejor de sí para mantener viva esa llama de la misión marista hasta nuestros días. Todo con un mismo fin: educar cristianamente a los niños y a los jóvenes.

La serie de artículos que iremos sacando en Estrella del Mar, uno al mes, pretende fortalecer nuestro espíritu y motivar nuestra misión ante los desafíos actuales, en armonía con el corazón apostólico de Champagnat.



CLAVE **01**

IDENTIDAD DEL EDUCADOR MARISTA

CONTINUADORES DEL SUEÑO DE
CHAMPAGNAT

“

**¡Ojalá todos los hermanos maristas,
al ejercer su misión de educadores, se
fundan siempre en el amor sobrenatural
de las almas y en el celo ardiente de
nuestro Padre por la educación cristiana
de la juventud, la gloria de Dios y la
honra de María.¹**
(H. Francisco Rivat).

”

1. De la Carta del H. Francisco, Superior General, al presentar al Instituto la primera edición de la Guía del Maestro, el 2 de julio de 1853. “Huelga deciros que en la redacción de este Tratado, hemos seguido fielmente las normas y enseñanzas que nuestro piadoso Fundador nos legó acerca de la educación de la juventud.”.

PRIMER DÍA DE CLASE DE MARCELINO

Dios se sirve a menudo de nuestras heridas de la vida, para hacer surgir una fuente de luz. Marcelino vive una situación escolar muy deficiente, que le producen un fuerte impacto. Su tía le enseña los rudimentos de la lectura con resultados decepcionantes. Sus padres deciden enviarlo al maestro de Marlhés, Bartolomé Moine. El primer día que se presenta en clase, como es excesivamente tímido, el maestro lo llama junto a él para hacerle leer. Mientras acude, se le anticipa otro escolar. El maestro propina una sonora bofetada al niño que se le quiere adelantar, y lo despacha al fondo del aula. Este acto de brutalidad produce un trauma al recién llegado, aumentando su miedo. Se rebela interiormente:

“No volveré a la escuela de un maestro semejante; al maltratar sin razón a ese niño, me demuestra lo que me espera a mí; por menos de nada, podrá tratarme igual; no quiero pues, recibir de él lecciones y menos aún castigos”. Pese a la insistencia de su familia, no vuelve a la escuela. El primer día de clase es el último.

El recuerdo de esta desagradable experiencia que vivió Marcelino como alumno influyó en su firme decisión de formar buenos educadores para el Ins-

tituto que deseaba fundar. El mismo se fue configurando como sacerdote con corazón de educador, que le llevaba a afirmar: *“No puedo ver a un niño o a un joven sin sentir profundas ganas de gritarle lo hermoso que es vivir y el gran amor que el Padre Dios nos tiene”.*

MARCELINO COMO EDUCADOR

El H. Juan Bautista, biógrafo del Fundador, bosqueja su retrato moral con estas breves palabras: “Bajo esta capa un tanto adusta y en apariencia severa, se ocultaba la persona más jovial. Tenía conciencia recta, juicio certero y profundo, corazón bondadoso y sensible, sentimientos nobles y elevados. Era de carácter alegre, abierto, sincero, firme, entusiasta, ardiente, tenaz y siempre ecuánime. Sus modales sencillos y afables, la franqueza y el aspecto bondadoso que se dibujaban en su rostro, le cautivaban los corazones”.

Puesto que consideraba la vocación de hermano educador no como un oficio sino como un ministerio que exige, de modo especial, amar a los niños, a Marcelino le gustaba que los Hermanos manifestaran esta misma actitud hacia los jóvenes cuya educación les era confiada.

Esta desagradable experiencia que vivió Marcelino influyó en su firme decisión de formar buenos educadores para el Instituto que deseaba fundar.



El amor a Jesús y a María son la fuente de la inspiración de su pedagogía.

Buena parte del éxito que consiguió el Padre Champagnat en el desempeño de su ministerio y en la fundación del Instituto hay que atribuirlo a su carácter abierto y conciliador. Unido a la nobleza, a la seriedad de comportamiento, rasgos que denotan una personalidad que se impone rápidamente a quienes se le acercan.

EL ESTILO EDUCATIVO DE MARCELINO A TRAVÉS DE UNA CARTA

El estilo educativo de Marcelino hunde sus raíces en su espiritualidad. El amor a Jesús y a María son la fuente de la inspiración de su pedagogía. Su aportación se cifra en la visión religiosa de la vida y de las personas, en un profundo sentido común y capacidad práctica para afrontar las diversas situaciones que se plantean.

La carta que Marcelino escribía el día 21 de enero de 1830 al H. Bartolomé es un documento muy valioso para apreciar su talante y su sensibilidad educativa:

Muy querido hermano Bartolomé y su querido colaborador: Me he alegrado mucho al saber noticias tuyas. Me alegra mucho que se encuentre bien de salud. También sé que tiene muchos niños; en consecuencia, tendrá muchos imitadores de sus virtudes, porque viéndole a usted, se forman los niños, y siguiendo sus ejemplos, no dejan de regular su conducta. ¡Qué importante es su tarea! ¡Qué sublime! Está de continuo entre aquellos con quienes Jesucristo tenía sus delicias, ya que prohibía expresamente a sus discípulos que impidieran a los niños acercársele. Y usted, querido amigo, no sólo no quiere impedirselo, sino que hace todo lo posible para conducirlos a Él. ¡Oh, qué bien recibido será por este divino Maestro! ¡Este Maestro generoso que no deja de recompensar ni un vaso de agua fresca! Diga a sus niños que Jesús y María los quieren mucho a todos: a los que son buenos, porque se parecen a Jesucristo, que es infinitamente bueno; a los que aún no lo son (...), porque llegarán a serlo. Que la santísima Virgen los quiere además porque ella es la madre de todos los niños que están en nuestras escuelas. Dígales asimismo que yo también los quiero mucho; que nunca subo al altar santo sin pensar en usted y en sus queridos alumnos; que quisiera tener la dicha

de enseñar, de dedicar en forma más directa mis desvelos a formar a esos tiernos niños.

Tengo el honor de ser su afectísimo padre en Jesús y María. CHAMPAGNAT.



La condición necesaria y suficiente, decía él, para tener éxito en la educación cristiana de los niños.

ños el camino del Señor”¹. La condición necesaria y suficiente, decía él, para tener éxito en la educación cristiana de los niños no consiste en poseer gran ciencia, sino en vivir un ardiente amor a Dios. “Para educar debidamente a los niños, decía, hay que amar ardientemente a Jesucristo”. Tantas veces subrayó el aprecio del trabajo educativo a los

ojos de Dios, pues es respuesta a la voz del Maestro que dice: “Dejen que los niños vengan a mí, pues de ellos es el Reino de los Cielos.”

Pero exaltando la hermosa vocación de educador, Champagnat no ocultaba lo que ella implicaba de abnegación, generosidad y entrega. “Si queremos ganar a los niños

para Dios, si deseamos cooperar a su salvación con Jesucristo, nos es necesario, a ejemplo del divino Salvador, sacrificar nuestros trabajos, nuestras preocupaciones, nuestras fuerzas, nuestra salud, y, si fuere necesario, nuestra misma vida”². “Educar a los niños, continúa diciendo, es una obra

SER EDUCADOR: UNA VOCACIÓN ESPECIALMENTE BENDECIDA

Ser educador es, para Marcelino, una vocación especialmente bendecida: *“¡Qué oficio más noble! Nada hallo más grande que continuar la labor de Jesucristo, haciendo lo que él hizo en la tierra, instruyendo y enseñando a los ni-*

¹ Sentencias I, 3. Unos 25 años después de la muerte de Marcelino, el H. Juan Bautista, el mismo que escribió su vida, recogió en otro libro multitud de apuntes que había tomado en las charlas que el P. Champagnat daba a los Hermanos. Este libro lleva el título de «Sentencias, Enseñanzas, Avisos e Instrucciones», consta de 41 capítulos. Así se expresaba Marcelino en este mismo texto, p. 383: “El sacerdote y el maestro desempeñan las dos funciones más excelsas que hay en el mundo”.

² Vida, p.513. En palabras de Marcelino: “Intenso amor a su profesión y a los niños. Si no hace más que cumplir con ese oficio, a falta de otro mejor; si no se encariña con sus funciones y sus alumnos; si no se entrega totalmente a su educación, nada bueno podrá hacer”.

de celo, de entrega y de sacrificio. Para desempeñar dignamente este trabajo, que es una participación en la misión de Jesucristo, hay que tener el espíritu del Divino Salvador, y como él, estar dispuesto a entregar su sangre y su vida por los niños”

Ser educador no era para Champagnat un oficio, sino un ministerio. Por eso repetía: *Necesitamos hermanos, necesitamos educadores*. «Si tan sólo se tratase afirmaba de enseñar la ciencia profana a los niños, no harían falta los hermanos; bastarían los maestros para esa labor. Si sólo pretendiéramos darles instrucción religiosa, nos limitaríamos a ser simples catequistas reuniéndolos una hora diaria para hacerles recitar la doctrina. Pero nuestra meta es muy superior: queremos educarlos, es decir, darles a conocer sus deberes, enseñarles a cumplirlos, infundirles espíritu, sentimientos y hábitos religiosos, y hacerles adquirir las virtudes de un caballero cristiano. No lo podemos conseguir sin ser pedagogos, sin vivir con los niños, sin que ellos estén mucho tiempo con nosotros»³.

Trabajar en nuestra santificación y en la de los niños, ese es el fin de nuestro instituto y el de nuestra vocación

LA EDUCACIÓN ES UN APOSTOLADO

Y añadía Marcelino, que la educación es una especie de sacerdocio. El maestro tiene en sus manos la existencia del niño y del joven, su vida entera, todo su presente y su porvenir. Tiene con él un trato frecuente, de tal modo que su influencia está siempre actuando. “*Es un verdadero apostolado que busca llevar a los jóvenes a Dios*”, decía. En este apostolado, el educador es un padre, un pastor, es el hombre de Dios, el apóstol totalmente consagrado a los niños y jóvenes. “Un hermano debe ser el Ángel custodio de los niños. Dios le pedirá cuenta de ellos”⁴.

Esta dimensión apostólica del educador marista la manifiesta Champagnat en la identidad del hermano: “Trabajar en nuestra santificación y en la de los niños, ese es el fin de nuestro instituto y el de nuestra vocación. En efecto, la vocación de los hermanos es un apostolado. Les es confiada la porción más preciosa de la Iglesia”⁵. Así como en el sentido de las relaciones: “La

educación no consiste en la disciplina ni en la enseñanza; no se da mediante cursos de urbanidad, ni siquiera de religión; se transmite a través de relaciones cotidianas, continuas,

⁴ Vida, p. 543

⁵ Vida, p. 415

³ Vida, edición 1989, p. 31

entre profesores y alumnos”. De igual forma, Marcelino explicita esta dimensión apostólica como celo perseverante, para instruir, corregir y formar al niño y al joven con toda paciencia. Y llega a afirmar: “Las escuelas de los hermanos son asilos que Dios ha preparado a los niños, para preservarlos del mal”⁶.

TALANTE PECULIAR DEL EDUCADOR MARISTA

Marcelino despierta en los hermanos actitudes educativas. Frente a la seriedad, sugerida como primera virtud de un educador en otras congregaciones de enseñanza, Marcelino propone la sencillez y la bondad, la autenticidad y la apertura. Insiste también en el espíritu de familia, en la

⁶ Idem



Marcelino despierta en los hermanos actitudes educativas. Frente a la seriedad propone la sencillez y la bondad, la autenticidad y la apertura.

benevolencia, en la devoción a María, expresada más en actos que en palabras, en el trato bondadoso a los alumnos, en el espíritu de trabajo y en el ideal de educación religiosa muy profunda que debe subrayar la relación con Dios en la confianza. Estas cualidades configuran un talante educativo peculiar.

Sobre este talante peculiar, propio del educador marista, decía Champagnat: “No me gustan los hermanos cuya presencia ahuyenta a los alumnos, y por el contrario tengo como muy idóneos para obrar el bien a los que poseen un natural alegre y jovial, modales amables y atentos. Para edificar a los niños y guiarlos a Dios no basta ser piadoso y virtuoso, se necesitan además formas exteriores que agraden y atraigan.” Marcelino no ofreció una revolución en los métodos pedagógicos, sino, más bien, una forma de enfocar la vida, de plantear la educación, de orientar a las personas,

de conducir a la madurez. Se trata de unas actitudes profundas, que conformaron un estilo educativo propio. Por esto no es de extrañar que las solicitudes de apertura de escuelas fueron siempre superiores a las posibilidades reales de llevarlas a cabo.

“LOS NIÑOS SE FORMARÁN SEGÚN SEAN USTEDES”

No es exagerado decir que el ejemplo era un punto fuerte del método educativo de Champagnat. Así se lo expresaba al H. Bartolomé: “Sé también que tienen gran número de niños, o sea, que tendrán un gran número de imitadores de sus virtudes, *porque sus niños se formarán según sean ustedes, según sean sus ejemplos, así ajustarán ellos su conducta. Qué importante es su trabajo y qué sublime*”⁷ Y tantas veces repitió: “El buen ejemplo es la primera lección que un hermano ha de dar a sus alumnos. Sus vidas serán el eco de lo que usted les haya enseñado”.

⁷ Carta al h. Bartolomé, Circulares T 1, 153.



Ser continuadores del sueño de Champagnat significa asumir que la educación, ante todo, es obra del buen ejemplo. “A tal maestro, tal discípulo”⁸. Los títulos que el joven reconoce y comprende mejor, decía Champagnat, son la virtud, el buen ejemplo, la capacidad y los sentimientos paternales que se le brindan⁹. Hablamos de la dimensión educadora de un testimonio de vida coherente, de referentes éticos de identificación. Para Marcelino la misión depende más de lo que se vive que de lo que se hace. A medida que el educador va creciendo en coherencia, toda su vida se convierte en misión; no solo lo que se hace como tarea.

UN CENTRO VIENE DEFINIDO POR EL TESTIMONIO DE SUS EDUCADORES

La identidad marista de nuestros centros viene definida especialmente por el testimonio de sus educadores. Este convencimiento lo tenía Marcelino cuando expresaba que “la escuela dirigida por un hermano henchido de celo, es una escuela fundada sobre roca. Dios la ha de guardar, defender y bendecir, y le ha de conceder pujanza siempre nueva. El celo es un imán que atrae a los niños y les comunica apego a la escuela”¹⁰.

⁸ Guía del Maestro, p. 120

⁹ Cfr. Vida, p. 550

¹⁰ Vida, p. 635

Esta identidad forjada con dedicación, generosidad y honda entrega de los primeros hermanos, fue configurando la identidad marista de las primeras escuelas. Champagnat inspiraba y mantenía ese espíritu: “Queridos amigos, haced cuanto os sea posible para que funcione bien vuestro centro. No perdáis nunca de vista el bien incalculable que podéis realizar. Este bien, y la espléndida recompensa que os aguarda, han de estimular vuestro celo y vuestro valor”¹¹. Así el Instituto alcanzó notable prosperidad en todos los aspectos. Había abundancia de vocaciones, se mantenía la fraternidad en todas las comunidades. Prosperaban las escuelas, y de todas partes llegaban al P. Champagnat elogios de las autoridades eclesiásticas por el entusiasmo, la abnegación, la vida ejemplar de los Hermanos y su celo por la educación cristiana de los niños.

La solicitud de nuevas escuelas constituye un hermoso testimonio del buen hacer de los primeros hermanos. Basta leer las cartas del Padre Champagnat para darse cuenta de las dificultades para defenderse de solicitudes demasiado numerosas y a veces apremiantes. En diciembre de 1838 escribe al Sr. Faure¹²: “Nos resulta bien penoso encontrarnos en la imposibilidad de secundar su celo”. Igualmente al Sr. Limpot¹³: “Con mucho dolor nos vemos obligados a aplazar las peticiones demasiado numerosas de pastores celosos que nos honran con su confianza”. En abril de 1839 confía

¹¹ Vida, Cap. 20, p. 518

¹² Era párroco de Villeurganne

¹³ Párroco de Cosne-sur-Loire, en febrero de 1839.

al joven H. Lorenzo María¹⁴: “Hemos fundado dos establecimientos después del de Saint-Pol, más bien debería decir que nos han arrancado Hermanos para dos comunas”. En total, había proporcionado Hermanos a 53 escuelas. La calidad del testimonio y del trabajo de los primeros hermanos educadores promovió ese perfil de excelencia educativa en las escuelas maristas.



SER EDUCADOR ES UNA VOCACIÓN Y UN APOSTOLADO. COMO CONTINUADORES DEL SUEÑO DE CHAMPAGNAT, ASUMIMOS QUE LA EDUCACIÓN, ANTE TODO, ES OBRA DEL BUEN EJEMPLO. A MEDIDA QUE EL EDUCADOR VA CRECIENDO EN COHERENCIA, TODA SU VIDA SE CONVIERTE EN MISIÓN. EN CONSECUENCIA, HACEMOS DE NUESTRAS ESCUELAS, OBRAS Y PRESENCIAS, FOROS DE CRECIMIENTO HUMANO Y EVANGELIZACIÓN QUE PROMUEVAN UNA EDUCACIÓN INCLUSIVA Y COMPROMETIDA, COMPASIVA Y TRANSFORMADORA.



¹⁴ El H. Lorenzo María se encontraba en Saint-Pol-sur-Ternoise.



RELATOS MARISTAS

LA IDENTIDAD DEL EDUCADOR CONFIGURA UNA
ESCUELA CON IDENTIDAD

EL HERMANO LUIS Y LA ESCUELITA DE MARLHES

(Vida del Fundador, p.32)

Las primeras escuelas maristas tuvieron la pobreza por nacimiento. Para alojar a los Hermanos, el señor cura de Marlhés compró una casita insalubre que rezumaba humedad por todas partes. El Hermano Luis fue nombrado director de la escuela, que se abrió en el transcurso de 1819.

A su llegada a Marlhés, como los Hermanos no hallaron ni mobiliario ni provisiones en la casa que les habían asignado, tuvieron que albergarse en la casa parroquial durante unos días. Allí fueron observados muy de cerca. Los veían



buenos, piadosos y modestos, pero también demasiado ingenuos y con poca instrucción. Hallándose en la habitación con su compañero, el Hermano Luis oyó que el coadjutor, y sobrino del párroco, decía a su tío:

- Nada bueno podemos esperar de estos dos jovencitos. No tienen instrucción ni experiencia para dirigir una escuela. Son dos niños ; ¿cómo van a dominar y formar a otros niños? Me temo que pronto nos vamos a arrepentir de haberlos llamado.
- Efectivamente, contestó el cura. Ambos son muy jóvenes y su formación deja mucho que desear. Es muy dudoso que puedan acertar.

“¿Se da cuenta de lo que están diciendo de nosotros?, dijo el Hermano Luis a su compañero. Vámonos de esta casa donde se nos juzga tan severamente. Antes de seguir aquí, es preferible vivir en nuestra casa, aunque no tenga más que cuatro paredes y aunque nos veamos obligados a alimentarnos sólo de pan. Abramos la escuela, pongámonos a trabajar y demostrémosles que somos capaces de desempeñar el empleo que nos ha confiado nuestro superior.”

Al día siguiente abrieron la escuela, se aplicaron de modo especial a organizar a los niños, a tenerlos silenciosos, infundirles hábitos de orden y limpieza y a formarlos en la piedad y los buenos modales; a implantar en las clases la emulación y todo lo que exteriormente denota que una escuela está bien dirigida. Apenas había transcurrido un mes y ya



los niños habían cambiado. Parecía que la piedad, el recato y la modestia de los jóvenes maestros había contagiado a sus alumnos. Los padres, las autoridades y el público en general estaban encantados de su docilidad, cortesía, amor al estudio y de su afecto a los profesores. No se cansaban de verlos pasar por las calles y volver a sus aldeas, de dos en dos, en perfecto orden y silencio. Todos se hacían lenguas de su trabajo. Párroco y coadjutor se quedaron agradablemente sorprendidos y comprendieron que habían juzgado con ligereza a los Hermanos. Por lo demás, es justo reconocer que fueron los primeros en ale-

Nada bueno podemos esperar de estos dos jovencitos. No tienen instrucción ni experiencia para dirigir una escuela.

grarse y celebrar sus aciertos, elogiar su comportamiento y secundar sus esfuerzos ante los niños y los padres para afianzar tan felices comienzos.

El Hermano Luis, lleno del espíritu de su santo estado y convencido de la excelencia de la misión que le habían encomendado, no daba la clase como cualquier maestro de escuela, sino como religioso y apóstol. No descuidaba la instrucción primaria, ciertamente, ya que sabía muy bien que era su obligación y un medio para atraer a los niños y ganarlos para Dios. Pero su objetivo y ambición no consistían en hacer sabios, sino ante todo en conseguir buenos cristianos. Decía a menudo a su compañero: “Hermano, tenemos en nuestras clases cien niños. Son otras tantas almas cuya inocencia nos está confiada y cuya salvación depende en gran parte de nosotros. Estos niños van a ser el resto de su vida lo que hagamos de ellos con nuestra educación; su conducta futura está en nuestras manos. Si les inculcamos buenos principios y los formamos en la virtud, serán buenos cristianos y toda su vida será una cadena de acciones virtuosas.

Con miras tan certeras y principios tan religiosos, el Hermano Luis no podía por menos de educar bien a los niños. Su clase era una auténtica escuela de virtud. El Hermano profesaba gran devoción a la Santísima Virgen; por eso la nombró superiora de la casa. Su interés por inspirar

la devoción a esta divina Madre y hacerla amar de los niños era incansable. Por la noche, cada alumno repetía en su casa lo que el Hermano les había enseñado, los ejemplos que les había contado y las prácticas de virtud que les había recomendado; de modo que sus instrucciones aprovechaban tanto a los padres como a sus hijos.

A su llegada, los Hermanos hallaron a los muchachos sumidos en profunda ignorancia. Apenas había transcurrido un año y ya casi todos los niños sabían leer, escribir, calcular y, lo mejor de todo, eran consuelo de sus padres y ejemplo para la parroquia por su piedad y buen comportamiento.

El señor Colomb de Gaste, alcalde de Saint-Sauveur-en-Rue, que pasaba los veranos con su familia en su casa de Coin, y los domingos acudía a oír misa a Marllhes, tuvo oportunidad de ver a los Hermanos acompañando a los niños y quedó maravillado de la piedad de los maestros y de la modestia y buen comportamiento de los discípulos.

- ¿Quiénes son estos maestros?, preguntó al señor cura. Me han edificado profundamente. ¿De dónde los ha sacado usted?
- Son Hermanos, respondió el párroco, fundados por el señor Champagnat. Lo hacen bien, estamos satisfechos de ellos. La parroquia los estima y los chicos han cambiado por completo desde que están bajo su tutela.



EL TESTIMONIO DEL EDUCADOR, SU IDENTIDAD HUMANA Y MARISTA, CONFIGURA LA IDENTIDAD EDUCATIVA DEL CENTRO. DETRÁS DE UNA EDUCACIÓN DE CALIDAD SIEMPRE HAY EDUCADORES DE CALIDAD. EL CENTRO ESCOLAR LO HACEN PRIMERAMENTE LOS EDUCADORES, SOBRE TODO, CUANDO LA VERDADERA VOCACIÓN ES UN GRAN EJEMPLO. EJEMPLO NO SÓLO SIENDO PROFESORES QUE ENSEÑAN, SINO MAESTROS DE LOS CUALES SE APRENDE.





IDENTIDAD DEL MARISTA LAICO

BRENDA JANETH SANTOS LÓPEZ
MI VOCACIÓN AL SERVICIO DE LA MISIÓN



CÓMO NACE MI VOCACIÓN

Mi deseo de enseñar: Siendo muy pequeñas mi hermana y yo pasábamos las vacaciones en casa de mi abuelita materna, junto a ella vivía mi Madrina (tía materna), una mujer entregada al servicio de la iglesia -no

fue religiosa, pero consagró su vida a Dios-. Ella era la catequista del pueblo y mi hermana y yo la acompañábamos a dar las clases de catecismo a los niños y niñas que se estaban preparando para recibir su primera comunión. Su amor por enseñar se veía reflejado en la forma de preparar y dar sus clases, los niños y niñas llegaban sonriendo y eran felices mientras aprendían. Yo quería ser igual...

Mi deseo de servir: Mi modelo de servicio fue mi papá, un hombre de carácter fuerte, pero con un gran corazón, siempre estaba pensando en qué y cómo hacer para ayudar a los demás. Era un hombre altruista, él fue un modelo para mí.

Ambos a su manera vivían y hacían vida el evangelio.



Convertirme y ser educador Marista es la forma más sencilla de hacer vida el evangelio a través de la educación.



Mi discernimiento personal y mi encuentro con el mundo marista: En mi camino de búsqueda y crecimiento personal y espiritual, **descubrí** que la educación era el camino que debía seguir para poder combinar estos dos grandes deseos: enseñar y servir. Fue así como sentí y comprendí cuál era mi vocación. A partir de ese momento empecé a buscar espacios en donde servir y compartir con los demás

lo que iba aprendiendo -en la iglesia, en el colegio, en mi casa con quien lo necesitara-. Consciente también de lo importante de prepararme bien profesionalmente para poder ejercer mi vocación.

Este crecimiento profesional me permitió un día aplicar a una plaza en el Liceo Guatemala. Recuerdo que Paty de la Peña me entrevistó y me dio un formulario con

varias preguntas, pero fue una la que más me sorprendió: ¿Ha asistido a retiros espirituales?, y la respuesta era sí y mi lista era grande. En ese momento comprendí que no era un colegio como cualquier otro. Días después llegó la tan esperada llamada, el hermano Florencio Trigueros me confirmaba la plaza y mi fecha de inicio de labores.

Un 3 de enero del año 2005 empezó mi camino de descubrimiento vocacional hacia un carisma que en ese momento desconocía. Nunca había escuchado hablar de San Marcelino y de los Hermanos Maristas, sin embargo, si conocía el Liceo Guatemala por el festival de bandas porque yo estudié en un colegio donde la banda también era importante.

Descubrir el carisma marista y como éste conectaba con mi historia fue algo que me sorprendió hace 16 años y que me sigue sorprendiendo hoy. Convertirme y ser educador Marista es la forma más sencilla de hacer vida el evangelio a través de la educación. Pase de amar a una Virgen María lejana en un altar a descubrir una Madre cercana, una amiga, una hermana, una compañera de camino, mi recurso ordinario como la llamaba Marcelino, una mujer firme, pero con un corazón humilde, mi modelo de mujer.

Mi modelo de servicio fue mi papá, un hombre de carácter fuerte, pero con un gran corazón.

MI MISIÓN

Mi primera misión fue como orientadora escolar (ahora consejería escolar) acompañar a los maestros y padres de familia para ayudar a los niños y niñas era especial, había casos difíciles, pero casi nunca

imposibles. Luego de tres años cambié de misión y me convertí en coordinadora de ciclo, mi trabajo ya no era tan directo con los niños y niñas, pero si con los maestros y coordinadores de otros niveles. Empecé a formarme más en gestión y liderazgo, poco a poco fui descubriendo que mi campo de acción era más amplio y que podía acompañar, escuchar y apoyar a los maestros para que su gestión en el salón de clase fuera mejor, ayudándolos ayudaba también a los niños y niñas en el salón de clase. Fue entonces cuando descubrí que podía hacer vida un liderazgo transformador y de servicio.

En el año 2010 dejé la coordinación del primer ciclo en el Liceo Guatemala y acepté la invitación del h. Luis Carlos, -Coordinador Provincial de Educación-, de hacerme cargo de Delegación Nacional de Educación de Guatemala. Sinceramente al principio viví un duelo, salir de un colegio en donde tenía contacto directo con los niños y niñas, maestros, coordinadores y padres de familia a asumir una misión más lejana me tomó tiempo. Pero luego empecé a

descubrir más espacios de crecimiento y de acción y comencé a tener una visión clara de lo que era el carisma a través de experiencias de crecimiento personal, espiritual y profesional.

En el Encuentro de Misión el Hermano João Carlos Do Prado nos habló sobre cómo la vida y las experiencias nos preparan para ir descubriendo en nosotros nuevas maneras de vivir nuestra vocación o descubrir nuevas vocaciones. En ese momento comprendí que ser Educador Marista es vivir el carisma desde cualquier espacio, no sólo en el salón de clase. Esta nueva misión me ha permitido descubrir que puedo acompañar maestros, consejeros, directivos que tienen a su cargo obras educativas y que desde mi trabajo puedo ayudar y acompañar proyectos educativos y en equipo podemos generar cambios positivos para toda una comunidad educativa.

Mi camino como Educador Marista y como laica vocacionada me ha convertido en una mejor persona. Me ha ayudado a crecer, aprender y enseñar. Vivir el Carisma con intensidad me permite creer en las personas y en su capacidad de transformación y con humildad acompañarlas en su camino de autodescubrimiento.



Descubrí que la educación era el camino que debía seguir para poder combinar estos dos grandes deseos: enseñar y servir.



Ser educador marista en un estilo de vida donde puedo unir mis dos pasiones: la educación y el servicio a los demás para poder hacer vida el evangelio.

“¡QUÉ IMPORTANTE ES SU TAREA! ¡QUÉ SUBLIME!”

(El Padre Marcelino al H. Bartolomé)





CONTINUADORES DEL RELATO

ECOS DEL RELATO

La pedagogía del buen ejemplo

Al contemplar la anterior exposición presentada por el H. Javier, mi mente me lleva a recordar a muchos Hermanos, continuadores de la obra de San Marcelino entre los niños y jóvenes. Estos Hermanos que conocí a lo largo de mi historia personal y quienes en verdad considero testimonios vivos, me enseñaron a ser el hermano marista que soy hoy día. Pero esto mismo puedo decir de aquellos laicos con los que he compartido; cuánto bien me han hecho al sentirles verdaderamente como otros Champagnat hoy, como educadores maristas.

Todo esto me lleva a hacerme muchas preguntas y entre todas ellas, una especial: ¿Qué tanto estamos conscientes, todos, de que la pedagogía del ejemplo, considerada por Marcelino, como fundamental, cuando hablamos de la identidad del educador marista, sigue siendo hoy, tan actual como en entonces?

Sin duda, que de la respuesta que estemos dando en la actualidad a esta pregunta, dependerá la “salud” y excelencia educativa de nuestro centro marista. Para ser escuela marista auténtica, además del nombre, necesita que esté presente en ella, el espíritu educativo de Champagnat y los Primeros Hermanitos.

Y definitivamente, si queremos participar activamente en la actualización del carisma marista, hoy, deberemos poner mucha atención al apostolado del buen ejemplo, al que todos, sin excepción, seguimos convocados.

Hno. Salvador García

Misión Educativa Marista (1998)

(Números 94-96)

Con vocación de educadores

- Nuestra tarea educativa no es sólo una profesión, es una vocación. El Papa Pablo VI nos recordaba que “los hombres y las mujeres de hoy escuchan mejor a los testigos que a los maestros, y si escuchan a los maestros es porque son testigos”.
- Marcelino Champagnat describió nuestra vocación a uno de sus primeros discípulos con palabras que nos recuerdan la responsabilidad que tenemos hacia los jóvenes que educamos, pero también la confianza que Dios ha puesto en nosotros: “Su vida entera será el eco de lo que usted les haya enseñado. Entréguese, no ahorre esfuerzos en formar a sus muchachos en la virtud, haga que se den cuenta de que sólo Dios puede hacerles felices, que solo para Él fueron creados. ¡Cuánto bien puede usted hacer, mi querido amigo!”